

yas y de las estrellas y por la magnífica estatua de "La esclava griega" obra del escultor norteamericano Hiran Powers (*) colocada debajo de un pabellon de damasco rojo.

En el punto central del palacio habia una gran fuente de cristal, con un templete al estilo griego en el centro, adornado con figuras diversas, y de las cuales brotaban gruesos y cristalinos chorros de agua; de manera que era difícil distinguir si las grandes y esbeltas columnas eran de agua, ó las vertientes puras y diáfanas eran caprichos de cristal ejecutados por el artista para embellecer su obra.

A poca distancia de la fuente se hallaba un grupo de árboles altos y frondosos que quedaron debajo de la nabe principal; al pié de los árboles y al derredor de la fuente habia multitud de plantas tropicales, de arbustos y de flores las mas variadas y esquisitas.

Este lugar era uno de los mas deliciosos é interesantes. Las aguas puras, frescas y sonoras y las flores bellas, aromáticas y apacibles, parecia que tenian el poder de juntar en este sitio encantador á las mas bonitas hijas de Inglaterra. Todas aquellas imaginaciones poéticas, todos aquellos corazones

(*) Este escultor tiene actualmente un taller en Florencia y está calificado por los inteligentes, como uno de los mejores artistas de la época.

nes sensibles, todas aquellas almas enamoradas que esperaban encontrar sonrisas, miradas y consuelos, venian de preferencia à sentarse en aquellos voluptuosos asientos de terciopelo carmesí, y á mitigar las penas ó á reanimar sus ilusiones y su alegría mirando aquellas frescas y diáfanas vertientes y aquellos plátanos y palmeros de las Américas que crecian debajo de la bóveda de cristal, lozanos y verdes como si estuvieran recibiendo las brisas y el calor de su suelo natal.

Este sitio ademas como punto céntrico del edificio, y por donde tenian forzosamente que pasar todos los concurrentes, era el mas apropósito para observar la interesante perspectiva óptica que presentaban aquellas espaciosas galerías en cuyo centro estaban colocadas con el mejor orden las estatuas ecuestres, los modelos de los faros, los órganos propios para las iglesias, las columnas de mármol, y en una palabra, todo aquello que por su volumen ó mucho peso no pudo tener cabida en la nave del primero ó segundo piso.

A poca distancia de la fuente de cristal y en la entrada ó boca de la primera nave de la izquierda, se notaba siempre una concurrencia extraordinaria que iba, venia y se revolvia en todas direcciones, parecida á una de esas vorágines de los mares del Norte. La causa de todo esto era una jaula pequeña de bronce dorado debajo de la cual estaba colocada la *montaña de luz*.

La Montaña de luz es un diamante mas grande que un huevo de paloma y que regaló á la reina Victoria la compañía de las Indias Orientales. Estaba montado en una varilla de oro y á los lados tenia otros dos diamantes de menor dimension, aunque de igual hermosura y brillo. La jaula de bronce estaba cubierta, escepto en un lado, con un paño carmesí que la oscurecia casi completamente. Al derredor de los diamantes estaban perfectamente colocadas unas luces de gas hidrógeno, de manera que desde aquel fondo oscuro se desprendian como esas estrellas que en una noche oscura creemos que caen ó mudan de lugar en el cielo, las ricas y esquisitas joyas de la corona de Inglaterra.

No solo la reina Victoria presentó estas alhajas al escámen del público, sino que tambien lo hicieron el duque de Devonshire, la reina de España y algunas otras personas de la nobleza ó del comercio. Entre las alhajas de la reina de España se hallaba un ópalo mexicano de un tamaño poco comun, de un color muy encendido y con la particularidad de que los visos y oriente del ópalo formaban perfectamente las facciones de una cara.

Vagando de nave en nave, y de galería en galería, me encontré en un lugar desde el cual percibia un ruido, ó mejor dicho, muchos ruidos diversos y de distinta naturaleza, pues unos eran producidos por la caída del agua y otros al parecer por el movimiento de carruages.

Guiado por el oído me encontré repentinamente en un gran salon, donde se movian á la vez muchos telares, donde caían artificialmente grandes cascadas de agua, donde la actividad, el movimiento y el ruido eran tan grandes, que mucho tiempo estuve de pié y como un insensato, sin saber qué cosa ver y por qué cosa comenzar. Este era el departamento destinado á la maquinaria. Todo el que hizo alguna mejora en los telares, en las prensas, en las bombas para sacar y elevar las aguas, en las palancas para levantar pisos, en las prensas para apretar ó imprimir, llevó allí su aparato, y ya personalmente, ya por medio de sus operarios, demostró á todos los innumerables curiosos que visitaron la Exposicion, la ventaja de su invencion ó la economía y perfeccion de su mejora.

En este departamento estaba una prensa cilíndrica vertical, donde se imprimian todos los dias periódicos pintorescos que allí mismo se vendian al público y se repartian á los suscritores. Géneros de seda esquisitos, encages á imitacion de los de Flándes, cigarros y puros, estampas litográficas, cintas de seda, cordones, todo se fabricaba allí en momentos y á la vista del espectador, y todas estas máquinas se movían y funcionaban á un tiempo, impulsadas por las calderas de vapor que estaban en un pequeño edificio separado.

Inmediato á este departamento estaba el de los

ferro-carriles, y como los esponentes de Francia, de Bélgica y de Inglaterra, presentaron trenes enteros, fué necesario nivelar cierto espacio de terreno y construir dentro del palacio de cristal algunas yardas de ferro-carril.

En otro departamento estaba la maquinaria propia para los buques de vapor ya de guerra, ya correos y mercantes. Los fabricantes no se contentaron con esponer solamente modelos, sino que presentaron las máquinas originales tal cual se hallan colocadas en un buque. El capital invertido en solo estos departamentos de maquinaria que hemos mencionado, importaba algunos millones de pesos.

Habiéndome alejado de esta parte del edificio, hi-rió mis oídos una dulce melodía. Fácilmente reconocí que provenia del departamento destinado á los pianos. En efecto, Erard, Collard y Collard, Bradwood, Alison y otros fabricantes de mayor ó menor nombradía, habian llevado sus pianos y entre todos podian pasar de doscientos los que allí estaban dediferentes formas, maderas y tamaños, y nunca faltaba un aficionado, ó un profesor enviado por los mismos fabricantes que pulsara aquellos curiosos, y bien acabados instrumentos. (*)

(*) Se ha reconocido ya que todos los pianos que estuvieron en la Exposicion salieron mucho mejores que los que comunmente se venden en Lóndres para la esporta-

Dentro del edificio habia tambien tres ó cuatro cafées y cantinas surtidos de frutas, de suaves helados de fresa, de magnífica cerveza de Escocia y de jamones, lenguas de cíbolo y carnes frias; de manera que el que no queria separarse de aquel sitio podia hacer una comida muy agradable y sustanciosa y continuar su paseo hasta las seis y media de la tarde, hora en que el toque de una campana indicaba que era llegado el momento de cerrar y de dejar tranquilos algunas horas aquellos prodigios y aquellas curiosidades, cansados sin duda de recibir y soportar diariamente las miles, ó mejor dicho, los millones de miradas de tantos curiosos que de las partes mas remotas del mundo habian venido á reunirse en este magnífico santuario de las artes, de la industria y del comercio.

Salí del Palacio de Cristal cuando acababa la luz del dia y comenzaba la luz artificial del gas hidrógeno. Acompañado de dos amigos pasamos á una casa que estaba situada enfrente del Palacio y que tenia escrito con grandes letras un rótulo

 cion; y esto es muy creible pues cada fabricante se esmeró cuanto pudo, supuesto que su obra iba á ser vista y examinada por casi toda la Europa. El gran piano de Erard sacó el primer premio y lo compró el emperador Napoleon, segun recuerdo en 40.000 francos. El gran piano de Collard y Collard sacó el segundo premio y costó en Lóndres cerca de quince mil francos. Se halla en México en poder del Sr. D. Manuel Escandon.

que decia: "*Simposio Universal.*" La entrada era por un patio. De este patio se pasaba á un jardin iluminado con lanternas y con vasitos de colores formando entre el césped figuras de conchas de mariposas, y otras en extremo variadas y caprichosas. En el centro del jardin habia una gruta pequeña imitando con bastante perfeccion las grutas naturales de estalactitas y estalacmitas. Los intersticios de la gruta estaban llenos de agua y cubiertos de cristales y dentro multitud de pescados dorados y plateados de China. De algunas de las cristalizaciones caían hilos de agua clarísima y de otras vino de Oporto, de Jerez ó de Burdeos.

La casa cuya fachada y vista daban al jardin tenia tres series de pisos, lujosamente amueblados. En una de estas habitaciones tapizadas de damasco azul y plata nos sirvieron la comida cuatro muchachas vestidas de blanco. Un salmon con salsa de huevo y mantequilla, un *turbot* con crema, tres ó cuatro manjares mas, una excelente carlota rusa, un pudding inglés, Oporto, Champaña, helados y fruta. Tal fué nuestra comida en aquel suntuoso pabellon, desde donde descubriamos el jardin en toda su estension, la iluminacion de colores y la multitud de gente que paseaba y salia á los pabellones apartados y misteriosos que habia distribuidos debajo de los grupos de árboles del jardin. Al destapar justamente la última botella de Champaña y comenzar á dar los primeros sorbos de un

aromático café, la gruta se iluminó repentinamente de luces rojas y azules y en medio apareció una ninfa vestida de azul, blanco y oro, teniendo en la mano una varita, sin duda la varita de virtud de las encantadoras del Oriente con la cual habia creado un jardin tan romántico.

Cerca de las doce de la noche nos retiramos, pasando por las calles de *Nights Bridge* y *Picadilly* que encontramos tan iluminadas como si hubiese alguna festividad extraordinaria.

El resto de la noche, aunque procuré dormir con tranquilidad la pasé entre dormido y despierto, figurándome unas veces que era yo llevado por entre jardines y prados en un ferro-carril que caminaba con la velocidad de un águila, y otras confundiendo en mi mente la fuente, el Palacio de Cristal, el jardin, la ninfa de la gruta, las caídas de agua, el ruido de la maquinaria, todo con la velocidad eléctrica del pensamiento, pasaba y volvía á pasar ante mis ojos, con mas poesía, con mas encanto, con mas atractivos que los que habian tenido para mí estos objetos en el curso del dia. Han pasado ya algunos meses y todavía cuando logro encerrarme dentro de mí mismo y meditar en silencio, escucho el dulce murmurio de las aguas que caen en las transparentes tazas de cristal, asisto á aquella grande y magnífica concurrencia, ecsamino las maravillas del arte, y salgo y paseo por aquellos inmensos parques y á las orillas del tras-

parente rio, contemplando á los árboles frondosos que á impulsos de la brisa sacuden sus copas empapadas por las lluvias del verano. Estas memorias tan agradables y tan risueñas, es la grande recompensa de los largos dias de ausencia, de las semanas solitarias que se pasan en el Occéano, de los latidos que dá el mas bien puesto y fuerte corazón, cuando el Señor de los cielos estiende sobre las aguas el manto negro de la tempestad.

Al dia siguiente desperté muy tarde, y en estremo fatigado, porque el mucho gozar tambien agobia y fatiga.

Toqué la campanilla, y entró una criada.

—El almuerzo, le dije.

—¿El almuerzo, señor?

—Sí, el almuerzo, repetí; son las diez y media dadas.

—Es, que es domingo.

—Bien, y porque es domingo no he de almorzar?

—El cocinero no guisa los domingos y se ha marchado á la iglesia; pero si vd. quiere, yo podré darle una taza de té y unas papas cocidas.

—Qué hemos de hacer, vengan las papas y el té; le contesté.

La criada salió, y media hora despues, me avisó que el té se hallaba puesto en la mesa. Bajé al comedor. La primera observacion que me ocurrió, fué que el pan era poco y duro. Llamé á la criada de nuevo.

—Seria muy bueno que me buscaras otro pan, le dije.

—No hay otro, me contestó.

—¿Por qué?

—Porque es domingo, y los domingos no se amasa pan en Lóndres.

Me conformé, porque no habia otro remedio; pero encontrando que en la jarra habria apénas una cucharada de leche, volví á importunar á la sirvienta.

—Habrá una poca mas de leche? Me aventuré á decirle con voz meliflua.

La muchacha tomó la jarra y corrió á la despensa. Tanto corazón se me abrió porque me temia la misma respuesta que respecto del pan. A poco volvió y me presentó la jarrita con una cara muy festiva; toméla y ví que el grande aumento de la leche, consistia en media cucharada mas.

—Esta es positivamente toda la leche que hay?

—No hay mas, señor, me respondió, porque como es domingo, las vacas se retiran mas temprano que los otros dias.

Formé un nuevo acto de resignacion y comencé mi desayuno. El té quedó por necesidad muy inglés, es decir, un tazon enorme con solo tres ó cuatro gotas de leche. Como encontré que las papas estaban casi crudas, me aventuré á hacer mi observacion.

—Sabes, muchacha, le dije, que las papas están un poco duras.

—Es posible, me contestó. Como se olvidó que echaran carbon ayer, es menester economizarlo, porque como hoy es domingo, los carboneros no vendrían por nada de esta vida.

Como es domingo, dije para mí, no tengo mas medio que santificarlo con repetidos actos de resignacion; pero me ocurrió por último, pedir un trozo de queso y una botella de cerveza. La criada corrió con su presteza de costumbre y volvió muy alegre con un queso entero de chester. En cuanto á la cerveza, me dijo que se habia acabado en la casa, y que como era domingo las tabernas estaban cerradas; pero que si queria yo tabaco eso sí podría mandar buscar, porque las tabaquerías era el único ramo de comercio que se permitia el domingo.

Falto de esperanza, concluí como quien toma una purga, mi taza de té, y salí á la calle. En la puerta me alcanzó la criada.

—Si tiene vd. la bondad de venir á comer, que sea á las doce ó la una, cuando mas tarde, me dijo, porque todos los criados nos vamos á la iglesia el domingo ó nos encerramos á leer la Biblia.

Prometí volver á medio dia pensando que la comida no seria mejor que el almuerzo, y así sucedió efectivamente.

La escena que presentaba Lóndres era mas triste y desoladora que la de mi cuarto á la hora del almuerzo. Una niebla amarilla y espesa reposaba

sobre las calles y el sol se podia ver impunemente como se ve cuando hay un eclipse, al traves de un vidrio ahumado.

Llamé al primer cochero que se presentó y le dije que me llevara á una iglesia católica donde hubiera misa.

El cochero me vió atentamente, meneó la cabeza, y me hizo subir en el carruage.—Sin duda era protestante, pensé yo, y se le hace cargo de conciencia llevarme á una iglesia católica.

Echamos á andar. Todas esas inmensas y espaciosas calles estaban solas. Todas las cuatro ó cinco séries de ventanas de las casas, cerradas completamente. Parecia que una peste habia acabado en una noche con todos los habitantes. El silencio profundo que reinaba era solo interrumpido por el ruido de los carruages y por los toques pausados y graves de la campana de alguna iglesia protestante que llamaba los fieles al *servicio*. El Lóndres del sábado era enteramente diverso del Lóndres del domingo. Habia la misma diferencia que entre un hombre que corre, que habla, que se agita, y un hombre que dormita, que apenas abre los ojos y mueve los brazos. Atravesamos el puente de Black Frias, (frailes negros ó agustinos) y llegamos á la catedral católica de San Jorge.

Despedí á mi cochero y entré en la iglesia.

La catedral católica de Lóndres no es de aque-